

Elogio de los coros cantores (o acerca del eco)



Como si todos dijéramos lo mismo y viviéramos en el estado de Ecolalia, repitiendo y repitiendo no importa qué. Como si todos *pudiésemos* decir lo mismo. Como si tantos corazones tuvieran una sola voz. Y fuesen sordos, sordos, soooordos.

Como si no existiera el síndrome de Estocolmo.

O de el síndrome de La Habana: el secuestrado no sólo se identifica con su secuestrador, sino que canta su canción: *ahora y aquí*.

Te dicen que repitas lo que repite el eco: el eco, el eco, ecoooo.

El asco.

Que repitas lo que te enseña el ministerio

de la verdad: todos somos iguales, iguales, igualeeees. Y esa voz que se oye es la nuestra, la nuestra, la nuestraaaa...

Ládrale a la luna, ládrale a la luuuuuuna.

Ahora no sientes dolor. Ayer no sentiste dolor. Mañana no sentirás dolor.

¿Qué sabes tú lo que es el dolor? ¿Qué sabes tú de ti mismo? —te enseña el ministerio del amor— ¿Qué sabe un número acerca de los otros números?

Sólo un tictac, tictac, tictac (oh Dios), uno, dos, tres, cuatro, etcétera.

Todo vaciado. Todo postergado en nombre del número sin nombre, no en

nombre del cantor. Todo debe ser coro: vayamos más allá del dúo, del trío, del cuartero y del infinito número de las posibles combinaciones corales.

Y siempre con mucho cuidado en cuanto al orden, al sitio exacto de cada cual, porque el orden de los factores es *precisamente lo que altera el producto*.

Pero, al final, ¿por qué tanto lamento solitario y tanto lloro en coro escondido?

En definitiva, ¿por qué ese espantoso miedo al error? ¿Qué importa si tanto fuego de artificio y tanta mugre fue en vano? O sea: si una sola vez te asomaste a mí y me viste, si una vez viste la forma de mi corazón, ¿viste mi



llanto?

Oye a ese loco. Mejor cállate. Que se vaya la escoria. Yo no quiero acordarme. Socialismo o muerte. Tengo miedo, Señor. Los hombres mueren de pie. Tú no quieres recordar y yo no quiero ni acordarme de que me olvido. Aquí no se rinde nadie. Voces, voces, voces. Algunas sólo son gritos, gritos, gritos que aún no cesan.

Como si todos dijéramos lo mismo y la historia no existiera. Ni la biología: los seres humanos están separados sólo para unirse en geografía: dice la literatura, dice la ficción, dice la palabra, dice la matemática feroz de los bultos y las bocas y

las significaciones de las cosas y los movimientos y cada asomo de realidad es realidad.

Eso quería el Señor de los Dulces. Que la Amargura demorara en llegar lo más posible. Que no te pararas a pensar en el asco que sientes. Porque el asco es el mayor enemigo del número. O el número es el asco, el eco, el aaaaaasco, el eeeeeeco.

¿Es cordura lo innúmero? ¿Lo uno? Bueno, hay quienes creen en píldoras de cordura. No son pocos: pueden hacer un buen coro: *¡Otra pastillita, por favoooooor!*

Me dicen que ría cuando otros rían. Pero *ellos, los Señores de lo Unánime, no ríen*. Y tampoco lloran. ¿Las muecas son verdad?

Ya no sé. De veras que no. Ya no hay un tiempo de reír y un tiempo de llorar, ni un tiempo de gritar y un tiempo de silencio. Una inmensa y densa cortina de confuso silencio cae sobre todo lo que somos.

Ya no hay tiempo de mirar sin ver ni tiempo de oír sin escuchar, ni tiempo de asomarse y no ser: de lanzarse al abismo del grupo y sonreír en el cúmulo fatal y ser un punto como si nada.

Ah, qué caro el misterio del número y del coro, qué impagable es el cero, qué inexplicable el síndrome de Estocolmo —o de La Habana— si no lo vives *ahora y aquí*.



Cuán fácil explicar pero cuán imposible. Porque al final, como al principio (y no lo dudes nunca, porque ahí radica uno de los secretos), no existen los coros cantores: no pueden existir más allá de la ficción de que existen los coros cantores de lo Unánime.

Qué patético el llanto de quien no se atreve a llorar lágrimas solas.

Solas. Solas. Solaaaas.

El eco siempre dice la última palabra.

Palabra. Palabra. Palabraaaaa.